

creciendo, así como el joven en latin se dice *adolescens*, creciente. Las voces cántabras *anre*, *andre*, *muger*, son claramente análogas á las griegas *aner*, *andros*, que se notáron ántes. En griego se dice tambien *andrachle*, mugeril-escabelo. La voz *andracume* se compone claramente de *andra*, muger, y *cume*, hijo, hija. Son expresivos ciertamente los nombres cántabros significantes hombre y muger, y algunos de ellos son claramente análogos á los que en griego tienen la misma significacion. Los cántabros pasáron á España desde la Iberia ó Georgia, en donde tratáron con los griegos; y por esto tienen bastantes palabras comunes á las lenguas griega, ibera y cántabra. Con el estudio de esta podrán los españoles ilustrar la historia antigua, como largamente demuestro en la obra citada de las lenguas.

En los nombres que significan hombre, muger, en varios idiomas, la etimología descubre las propiedades principales que caracterizan el estado de perfeccion de la naturaleza humana en la virilidad: en este libro expondré la consideracion de estas propiedades, y le reduciré á los tres tratados siguientes. I.º El hombre en la virilidad, miembro distinguido de la sociedad civil. II.º Perfeccion física del hombre en la virilidad. III.º Discursos políticos relativos al hombre, y á la sociedad civil.

TRA-

TRATADO PRIMERO.

El hombre en la virilidad, miembro distinguido de la sociedad civil.

CAPITULO I.

Reflexion sobre el carácter que representa el hombre quando en su virilidad aparece en la sociedad civil.

Llega el hombre á ser hombre en su virilidad: ántes de esta ha sido infante, niño, mozo y joven, por cuyos grados se ha ido levantando la fábrica hasta llegar á su perfeccion: las edades antecedentes fuéron como un ensayo, ó una escuela para hacerse verdaderamente hombre; porque en formarle tal se ha empleado por toda la infancia, niñez, mocedad y juventud, la naturaleza. Esta obró siempre uniformemente, y con la uniformidad en el obrar llevó su obra á la perfeccion: caminó leatamente para asegurar la solidez de la fábrica: no cesó de obrar desde el primer momento en que empezó: obrando uniformemente se perfeccionó, y obrando uniformemente se ha de destruir, como veremos en su lugar. Quanto mas leatamente camina la naturaleza á su perfeccion, tanto mas dura la vida, ó tanto mas tardará la destruccion de la fábrica que ha formado; y ninguna edad mejor que la virilidad nos hace conocer no solamente la perfeccion natural del hombre, sino tambien el fundamento probable que de su larga ó corta vida

TOM. V.

B

po-

podemos tener. Mas porque despues tendrán su lugar propio las reflexiones que nos ofrece la vista del cuerpo humano sobre la perfeccion que llega á tener en la edad viril, me reduzco ahora á considerar los varios respetos con que al empezar la virilidad vemos aparecer el hombre en el gran teatro del mundo: y esta consideracion servirá para facilitarnos el paso á otros discursos dignos de ser tratados en la edad viril de la vida humana.

Pocos son los hombres que, al salir de la juventud, no se hallan ya con nuevos vínculos y lazos, estrechamente obligados y unidos con la sociedad civil. Apenas el hombre entra en la virilidad, quando ya suele ver que cargan pesadamente sobre sus hombros los cuidados que hasta entónces habian descargado sobre los de sus padres: estos los han trasladado á él, porque ya se halla en estado de poder sufrir su peso. El hombre ántes de este tiempo se consideraba solo; mas despues que determinó entrar en la carrera del mundo, y hacer figura de miembro principal en la sociedad civil, se ve ya cargado de obligaciones, de respetos y de empleos. No pocos se ven acompañados, ó cargados del peso de la consorte y de los hijos, sin que se contemplan empeñados en aspirar á nuevos bienes de fortuna: esperan siempre con impaciencia el favor, y temen en cada instante la desgracia: así esta nueva compañía les es materia de gozo, que frecuentemente manifiestan; y de continuo cuidado y temor, que las mas veces ocultan.

Si, como ya diximos en otra parte, al hombre le toca una mala consorte, ¡quánto trabajo tiene en sufrirla! Si es buena, ¡quánto temor de perderla! Y en uno y otro caso, ¡quántas amargu-

guras para sustentarla! Si carece de sucesion, no se juzga dichoso: si la tiene, y no es numerosa, teme lo fragil de su vida: si es numerosa, ¡quántas angustias de espíritu para atender á su educacion y acomodo! El hombre ya no piensa en sí; porque su felicidad la pone en mirar por otros: sus cuidados pasan los términos de su vida, pues que en la consorte é hijos tiene unas prendas que le sobrevivan. Así, trasladándose imaginariamente á lo futuro, le parece ver existente una eternidad de cuidados y afanes por el amor á su descendencia.

El hombre en su juventud solamente atendia á lo presente; en su virilidad muda su atencion de lo presente á lo futuro: en aquella sus manos se empleaban en disfrutar y repartir generosamente sus bienes; en esta se ocupan (1) en recogerlos: ántes se deleitaba con el trato de los iguales; ahora busca la gracia y favor de los superiores: ántes se cebaba en las diversiones; ahora no piensa sino en los hombres. ¡O, quánta es la mudanza del hombre al pasar de la juventud á la virilidad! ¡Qué diferencia de ideas y objetos! Pero no paremos aquí la consideracion, si queremos descubrir aun otras penosas miserias que el mundo tiene preparadas para turbár y oprimir la robusta virilidad.

Entró el hombre infante en el mundo; creció y vivió para formarse hombre: fórmase hombre en la virilidad, y en ella él mismo concurre á formar el teatro del gran mundo en que entró al nacer.

B 2

An-

(1) Horat. *Ars poet. conversis studiis, etas, animusque virilis*
Quærit opes, et amicitias, inservit honori.

Antes, en las edades de la inconsideracion y ardor juvenil, fiado á los cuidados de otros, apenas pensó en vivir, y vivió siempre como un espectador ó asistente en este gran teatro: ahora es uno de los actores que en él representan. Ya empieza á ser el asunto de las tragedias humanas, en las que á cada momento de experiencia prevee destinos ó fines miserables que ignora, y siempre teme. Sabe el hombre el lugar de su nacimiento, y no sabe el de su muerte: sabe el puerto en que se embarcó para navegar por esta vida mortal, y no sabe aquel en que volverá á tomar tierra. Si nació en casa propia, quizá estará siempre á merced en la agena: si se crió entre los suyos, puede ser que despues viva siempre entre los extraños: si no pensó en salir de su patria y nacion, quizá vendrá tiempo en que viva sin esperanza de volverlas á ver. Tema le aconsejo el navegar por un mar de miserias: tema le repito lo que le puede suceder, para que no le coja desprevenido quando suceda: tema todo, revers de la fortuna, y asalto de la desgracia, como teme el militar que está en guerra viva; porque toda la vida del hombre, como dixo Job (1), es una verdadera milicia sobre la tierra; y ninguno, como confiesa la misma filosofia (2) profana, vive, ni vivirá sin el contraste de los trabajos.

Trabaje el hombre quanto pueda con las luces de su razon para conocerse á sí mismo y al mundo, de que es parte; viva siempre alerta para no dexarse sorprehender de los accidentes imprevistos.

No

(1) Job 7. 1.

(2) Pindar. Pyth. od. 3. et 5.

No se fie en los bienes de fortuna, porque si nació señor, quizá tendrá vida pobre: si se promete encontrar felicidad y honra, puede ser que encuentre con la infelicidad y la infamia. No se fie en sus dones naturales, porque en el mar en que navega, suele sumergirse lo mas sólido y precioso, y elevarse lo mas vil y mas ligero: las pajas y leños inútiles quedan á la flor del agua: los metales preciosos son precipitados al fondo. Tema por instantes el naufragio, en que no se le concede otra tabla para librarse, que la que él mismo prevenga en la rectitud de su conciencia. La fortuna libra del naufragio á muchos malos; pero á ninguno de ellos libra del temor de la pena: sola la rectitud de la conciencia hace no temer el naufragio; y si este sucede, sirve de tabla para salvar la verdadera vida.

En un mar tan tempestuoso, qual es el mundo en que está el hombre, siempre se deben temer vientos contrarios: este temor no debe faltar por mayor que sea la felicidad con que haya empezado la navegacion. Tema el hombre enemigos, y aunque á todos presente bandera de paz: no se persuada á que el respeto á ella podrá indemnizar su barca: acaso el fuego que le hará la salva bastará á abrasarla. Así los peligros son tantos, quantos son los momentos de la vida que goza el hombre. Si los teme todos, es infeliz: si los desprecia, no por esto es dichoso; ¿pues qué hará el hombre? ¿Desamparará la barca en que navega? No: no le es posible, aun quando vea cierto el naufragio. ¿Mudará de mar? No tiene salida. ¿Se acogerá al puerto? No hay otro que el de la muerte. Está en el mundo: este es el mar en que navega: no saldrá de él sino quando desembarque en la eternidad. ¿Se abandonará pues á la afliccion ó desesperacion? Esto seria perder-

Justo pues es que los hombres pongamos toda nuestra atención en adquirir y conservar aquellos medios, sin los que nuestra navegación en este mundo borrascoso será tan infeliz, quanto será cierto el naufragio de todo.

Aunque lo que hasta aquí se ha dicho conviene de algun modo al hombre desde que habiendo entrado en el mar tempestuoso del mundo, empieza á sentir la inconstancia del golfo en que navega; no obstante, porque la virilidad es el tiempo en que goza el mayor conocimiento, y mas experimenta lo grande de las borrascas, se puede decir que este es el carácter propio de esta edad, en que, si el hombre goza mas llenamente de las glorias del mundo que en ninguna otra, tambien experimenta mayores disgustos, aflicciones y trabajos. En medio de tantos contrastes se presentan al hombre las luces necesarias para reconocer los medios ciertos que la sabia providencia del Altísimo le propone como útiles, y aun necesarias para hacer felizmente tan dificultosa navegación. El supremo Hacedor, que sacando misericordiosamente al hombre de la nada para que llegue á poseer la vida eterna, le ha colocado en este mundo en que debe peregrinar por toda su vida mortal para merecerse el premio eterno que le ha destinado; le ha enriquecido y dotado de aquellos conocimientos y ayudas naturales y sobrenaturales, con cuyo buen uso felizmente peregrinará por el mundo, y navegará triunfante por el mar de sus miserias, hasta lograr la mansion eterna en el puerto de la eternidad, en que todo hombre debe desembarcar. La adorable sabiduría y bondad del Criador han dispuesto admirablemente que aquellos medios que sirven para formar la sólida felicidad de nuestra vida momentánea en este

mun-

mundo temporal sean los que nos conduzcan á lograr en las eternas moradas la dicha eterna. Estos son medios que suministra la práctica de las leyes santas del christianismo, y de las máximas naturales de la sociedad civil. El hombre, cuyo espíritu se ha formado segun el modelo de las leyes santas de la religion, y segun los derechos sagrados de la sociedad civil, posee seguramente los medios que para lograr su bien temporal y eterno le propone el supremo Hacedor. La religion y la sociedad civil son los polos de toda la felicidad humana. La religion sin sociedad civil no puede ser culto agradable á Dios; porque no subsisten la obediencia y el amor al Criador, si no se observan los derechos naturales de la sociedad civil en que deben vivir las criaturas racionales. La sociedad civil sin religion seria como una union accidental ó tumultuaria de bestias; siendo tales los hombres que pretenden vivir en union sin los vínculos religiosos de la conciencia: seria sociedad en que el poder fuese regla del obrar, y medida de la justicia: y á esta sociedad se acercan aquellas en que, afectándose la mayor civilidad, se tolera toda religion, para que el hombre viva, como bestia, sin ninguna.

El discurso que se acaba de hacer sobre los dos fundamentos en que estriba la esencia total de la felicidad humana, me da ocasion oportuna, y casi convida á tratar de ellos en las circunstancias presentes de considerar al hombre en su virilidad, en que empieza á tener la representacion de miembro principalísimo de la religion y sociedad; mas porque al hombre en religion he consagrado una obra particular que se publicará separadamente,

TOM. V.

C

y

y porque en los libros antecedentes siempre he tenido á la vista su educacion moral y religiosa , prescribiendo avisos para efectuarla , me ceñiré á discurrir solamente de la sociedad civil, considerando el derecho y la obligacion que tenemos á estar y conservarnos en ella , y los miembros ó clases principales que la componen.

CAPÍTULO II.

El hombre siempre en sociedad.

Nace el hombre en sociedad para vivir siempre en ella : por naturaleza es sociable : lo empieza á ser antes de conocer que lo es ; y después que lo conoce continúa siéndolo por instinto , por dictámen natural de la razon , y por reflexión. El hombre , individuo del género humano , sigue el necesario destino de este que en el mundo apareció juntamente con la sociedad , y sin esta jamas existe , ni podrá existir. Esta sociedad no consiste en la pura ó material compañía á que la naturaleza reduce las especies de aquellos animales que por instinto viven siempre juntos : tal compañía es la parte ínfima ó material de la sociedad humana , que principalmente consiste en cierta union moral , que proviniendo del espíritu , influye sobre el cuerpo , y lo sujeta ; y como el hombre físicamente es un compuesto corporal y espiritual ; así la sociedad , en que viven necesariamente los individuos del género humano , es un compuesto de la material compañía de sus cuerpos , y de la union moral de sus espíritus. El hombre pues es corporal y espiritualmente sociable : lo es por naturaleza , instinto y razon : pertenece á la sociedad , y conoce pertenecerle enteramente en cuerpo y espíritu por naturaleza , por instinto , y por reflexión. Todos estos títulos , por que el hombre pertenece totalmente á la sociedad , nos indican y descubren el sagrado origen , y la universalidad de sus derechos , que son las voces internas del supremo Hacedor , que nos habla por medio del